

La reina
en el palacio
de las corrientes
de aire

MILLENNIUM 3

Stieg Larsson



La reina en el palacio de las corrientes de aire

MILLENNIUM 3

Stieg
Larsson

Traducción
de Martin Lexell
y Juan José Ortega Román

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1156

Título original:

Luftslottet som sprängdes. Millennium 3

© 2007, Stieg Larsson

Obra publicada originalmente en Suecia por Norstedts

Traducción publicada con el acuerdo de Norstedts Agency

© Ediciones Destino, S.A., 2009

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

© de la traducción del sueco, Martin Lexell

y Juan José Ortega Román, 2009

© de la ilustración de cubierta: Gino Rubert, 2009

Primera edición: junio de 2009

Quinta impresión: julio de 2009

ISBN: 978-84-233-4161-0

Depósito legal: M. 32.119-2009

Impreso por Dédalo Offset, S. L.

Impreso en España-*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

PRIMERA PARTE

Incidente en un pasillo

Del 8 al 12 de abril

Se estima que fueron seiscientas las mujeres que combatieron en la guerra civil norteamericana. Se alistaron disfrazadas de hombres. Ahí Hollywood, por lo que a ellas respecta, ha ignorado todo un episodio de historia cultural. ¿Es acaso un argumento demasiado complicado desde un punto de vista ideológico? A los libros de historia siempre les ha resultado difícil hablar de las mujeres que no respetan la frontera que existe entre los sexos. Y en ningún otro momento esa frontera es tan nítida como cuando se trata de la guerra y del empleo de las armas.

No obstante, desde la Antigüedad hasta la época moderna, la historia ofrece una gran cantidad de casos de mujeres guerreras, esto es, amazonas. Los ejemplos más conocidos ocupan un lugar en los libros de historia porque esas mujeres aparecen como «reinas», es decir, representantes de la clase reinante. Y es que, por desagradable que pueda parecer, el orden sucesorio coloca de vez en cuando a una mujer en el trono. Como la guerra no se deja conmovir por el sexo de nadie y tiene lugar aunque se dé la circunstancia de que un país esté gobernado por una mujer, a los libros de historia no les queda más remedio que hablar de toda una serie de reinas guerreras que, en consecuencia, se ven obligadas a aparecer como si fueran Churchill, Stalin o Roosevelt. Tanto Semíramis de Nínive, que fundó el Imperio asirio, como Boudica, que encabezó una de las más sangrientas revueltas británicas realizadas contra el Imperio romano, son buena muestra de ello. A esta última, dicho sea de paso, se le erigió una estatua junto al puente del Támesis, frente al Big Ben. Salúdala amablemente si algún día pasas por allí por casualidad.

Sin embargo, los libros de historia se muestran por lo general muy reservados con respecto a las mujeres guerreras que aparecen bajo la forma de soldados normales y corrientes, esas que se entrenaban en el manejo de las armas, formaban parte de los regimientos y participaban en igualdad de condiciones con los hombres en las batallas que se libraban contra los ejércitos enemigos. Pero lo cierto es que siempre han existido: apenas ha habido una sola guerra que no haya contado con participación femenina.

Capítulo 1

Viernes, 8 de abril

Poco antes de la una y media de la madrugada, la enfermera Hanna Nicander despertó al doctor Anders Jonasson.

—¿Qué pasa? —preguntó éste, confuso.

—Está entrando un helicóptero. Dos pacientes. Un hombre mayor y una mujer joven. Ella tiene heridas de bala.

—Vale —dijo Anders Jonasson, cansado.

A pesar de que sólo había echado una cabezadita de más o menos media hora, se sentía medio mareado, como si lo hubiesen despertado de un profundo sueño. Le tocaba guardia en el hospital de Sahlgrenska de Goteburgo y estaba siendo una noche miserable, extenuante como pocas. Desde que empezara su turno, a las seis de la tarde, habían ingresado a cuatro personas debido a una colisión frontal de coche ocurrida en las afueras de Lindome. Una de ellas se encontraba en estado crítico y otra había fallecido poco después de llegar. También atendió a una camarera que había sufrido quemaduras en las piernas a causa de un accidente de cocina ocurrido en un restaurante de Avenyn, y le salvó la vida a un niño de cuatro años que llegó al hospital con parada respiratoria tras haberse tragado la rueda de un coche de juguete. Además de todo eso, pudo curar a una joven que se había caído en una zanja con la bici. Al departa-

mento de obras públicas del municipio no se le había ocurrido nada mejor que abrir la zanja precisamente en la salida de un carril bici, y, además, alguien había tirado dentro las vallas de advertencia. Le tuvo que dar catorce puntos en la cara y la chica iba a necesitar dos dientes nuevos. Jonasson también cosió el trozo de un pulgar que un entusiasta y aficionado carpintero se había arrancado con el cepillo.

Sobre las once, el número de pacientes de urgencias ya había disminuido. Dio una vuelta para controlar el estado de los que acababan de entrar y luego se retiró a una habitación para intentar relajarse un rato. Tenía guardia hasta las seis de la mañana, pero aunque no entrara ninguna urgencia él no solía dormir. Esa noche, sin embargo, los ojos se le cerraban solos.

La enfermera Hanna Nicander le llevó una taza de té. Aún no había recibido detalles sobre las personas que estaban a punto de ingresar.

Anders Jonasson miró de reojo por la ventana y vio que relampagueaba intensamente sobre el mar. El helicóptero llegó justo a tiempo. De repente, se puso a llover a cántaros. La tormenta acababa de estallar sobre Gotemburgo.

Mientras se hallaba frente a la ventana oyó el ruido del motor y vio cómo el helicóptero, azotado por las ráfagas de la tormenta, se tambaleaba al descender hacia el helipuerto. Se quedó sin aliento cuando, por un instante, el piloto pareció tener dificultades para controlar el aparato. Luego desapareció de su campo de visión y oyó cómo el motor aminoraba sus revoluciones. Tomó un sorbo de té y dejó la taza.

Anders Jonasson salió hasta la entrada de urgencias al encuentro de las camillas. Su compañera de guardia, Katarina Holm, se ocupó del primer paciente que ingresó,

un hombre mayor con graves lesiones en la cara. A Jonasson le tocó ocuparse de la segunda paciente, una mujer con heridas de bala. Hizo una rápida inspección ocular y constató que parecía tratarse de una adolescente, en estado muy crítico y cubierta de tierra y de sangre. Levantó la manta con la que el equipo de emergencia de Protección Civil había envuelto el cuerpo y vio que alguien había tapado los impactos de bala de la cadera y el hombro con tiras de una ancha cinta adhesiva plateada, una iniciativa que le pareció insólitamente ingeniosa. La cinta mantenía las bacterias fuera y la sangre dentro. Una bala le había alcanzado la cadera y atravesado los tejidos musculares. Jonasson levantó el hombro de la chica y localizó el agujero de entrada de la espalda. No había orificio de salida, lo que significaba que la munición permanecía en algún lugar del hombro. Albergaba la esperanza de que no hubiera penetrado en el pulmón y, como no le vio sangre en la cavidad bucal, llegó a la conclusión de que probablemente no fuera ése el caso.

—Radiografía —le dijo a la enfermera que lo asistía. No hacían falta más explicaciones.

Acabó cortando la venda con la que el equipo de emergencia le había vendado la cabeza. Se quedó helado cuando, con las yemas de los dedos, palpó el agujero de entrada y se dio cuenta de que le habían disparado en la cabeza. Allí tampoco había orificio de salida.

Anders Jonasson se detuvo un par de segundos y contempló a la chica. De pronto se sintió desmoralizado. A menudo solía decir que el cometido de su profesión era el mismo que el que tenía un portero de fútbol. A diario llegaban a su lugar de trabajo personas con diferentes estados de salud pero con un único objetivo: recibir asistencia. Se trataba de señoras de setenta y cuatro años que se habían desplomado en medio del centro comercial de Nordstan a causa de un paro cardíaco, chavales de catorce años con el pulmón izquierdo perforado por un

destornillador, o chicas de dieciséis que habían tomado éxtasis y bailado sin parar dieciocho horas seguidas para luego caerse en redondo con la cara azul. Eran víctimas de accidentes de trabajo y de malos tratos. Eran niños atacados por perros de pelea en Vasaplatsen y unos cuantos manitas que sólo iban a serrar unas tablas con una Black & Decker y que, por accidente, se habían cortado hasta el tuétano.

Anders Jonasson era el portero que estaba entre el paciente y Fonus, la empresa funeraria. Su trabajo consistía en decidir las medidas que había que tomar; si optaba por la errónea, puede que el paciente muriera o se despertara con una minusvalía para el resto de su vida. La mayoría de las veces tomaba la decisión correcta, algo que se debía a que gran parte de los que hasta allí acudían presentaba un problema específico que resultaba obvio: una puñalada en el pulmón o las contusiones sufridas en un accidente de coche eran daños concretos y controlables. Que el paciente sobreviviera dependía de la naturaleza de la lesión y de su saber hacer.

Pero había dos tipos de daños que Anders Jonasson detestaba: uno eran las quemaduras graves, que, independientemente de las medidas que él tomara, casi siempre condenaban al paciente a un sufrimiento de por vida. El otro eran las lesiones en la cabeza.

La chica que ahora tenía ante sí podría vivir con una bala en la cadera y otra en el hombro. Pero una bala alojada en algún rincón de su cerebro constituía un problema de una categoría muy distinta. De repente oyó que Hanna, la enfermera, decía algo.

—¿Perdón?

—Es ella.

—¿Qué quieres decir?

—Lisbeth Salander. La chica a la que llevan semanas buscando por el triple asesinato de Estocolmo.

Anders Jonasson miró la cara de la paciente. Hanna

tenía toda la razón: se trataba de la chica cuya foto habían visto él y el resto de los suecos en las portadas de todos los periódicos desde las fiestas de Pascua. Y ahora esa misma asesina se hallaba allí, en persona, con un tiro en la cabeza, cosa que, sin duda, podría ser interpretada como algún tipo de justicia poética.

Pero eso no era asunto suyo. Su trabajo consistía en salvar la vida de su paciente, con independencia de que se tratara de una triple asesina o de un premio Nobel. O incluso de las dos cosas.

Luego estalló ese efectivo caos que caracteriza a los servicios de urgencias de un hospital. El personal del turno de Jonasson se puso manos a la obra con gran pericia. Cortaron el resto de la ropa de Lisbeth Salander. Una enfermera informó de la presión arterial —100/70— mientras Jonasson ponía el estetoscopio en el pecho de la paciente y escuchaba los latidos del corazón, que parecían relativamente regulares, y una respiración que no llegaba a ser regular del todo.

El doctor Jonasson no dudó ni un segundo en calificar de crítico el estado de Lisbeth Salander. Las lesiones del hombro y de la cadera podían pasar, de momento, con un par de compresas o, incluso, con esas tiras de cinta que alguna alma inspirada le había aplicado. Lo importante era la cabeza. El doctor Jonasson ordenó que le hicieran un TAC con aquel escáner en el que el hospital había invertido el dinero del contribuyente.

Anders Jonasson era rubio, tenía los ojos azules y había nacido en Umeå. Llevaba veinte años trabajando en el Östra y en el Sahlgrenska, alternando su trabajo de médico de urgencias con el de investigador y patólogo. Tenía una peculiaridad que desconcertaba a sus colegas y que hacía que el personal se sintiera orgulloso de trabajar con él: estaba empeñado en que ningún pa-

ciente se muriera en su turno y, de hecho, de alguna milagrosa manera, había conseguido mantener el marcador a cero. Cierto que algunos de sus pacientes habían fallecido, pero eso había ocurrido durante el tratamiento posterior o debido a razones completamente ajenas a su trabajo.

Además, Jonasson presentaba a veces una visión de la medicina poco ortodoxa. Opinaba que, con frecuencia, los médicos tendían a sacar conclusiones que carecían de fundamento y que, por esa razón, o se rendían demasiado pronto o dedicaban demasiado tiempo a intentar averiguar con exactitud lo que le pasaba al paciente para poder prescribir el tratamiento correcto. Ciertamente, este último era el procedimiento que indicaba el manual de instrucciones; el único problema era que el paciente podía morir mientras los médicos seguían reflexionando. En el peor de los supuestos, un médico llegaría a la conclusión de que el caso que tenía entre manos era un caso perdido e interrumpiría el tratamiento.

Sin embargo, a Anders Jonasson nunca le había llegado un paciente con una bala en la cabeza. Lo más probable es que hiciera falta un neurocirujano. Se sentía inseguro pero, de pronto, se dio cuenta de que quizá fuese más afortunado de lo que merecía. Antes de lavarse y ponerse la ropa para entrar en el quirófano le dijo a Hanna Nicander:

—Hay un catedrático americano llamado Frank Ellis que trabaja en el Karolinska de Estocolmo, pero que ahora se encuentra en Gotemburgo. Es un afamado neurólogo, además de un buen amigo mío. Se aloja en el hotel Radisson de Avenyn. ¿Podrías averiguar su número de teléfono?

Mientras Anders Jonasson esperaba las radiografías, Hanna Nicander volvió con el número del hotel Radisson. Anders Jonasson echó un vistazo al reloj —la 1.42— y cogió el teléfono. El conserje del hotel se mostró suma-

mente reacio a pasar ninguna llamada a esas horas de la noche y el *doctor* Jonasson tuvo que pronunciar unas palabras bastante duras y explícitas sobre la situación de emergencia en la que se encontraba antes de conseguir contactar con él.

—Buenas noches, Frank —saludó cuando por fin su amigo cogió el teléfono—. Soy Anders. Me dijeron que estabas en Gotemburgo. ¿Te apetece subir a Sahlgrenska para asistirme en una operación de cerebro?

—*Are you bullshitting me?* —oyó decir a una voz incrédula al otro lado de la línea.

A pesar de que Frank Ellis llevaba muchos años en Suecia y de que hablaba sueco con fluidez —aunque con acento americano—, su idioma principal seguía siendo el inglés. Anders Jonasson se dirigía a él en sueco y Ellis le contestaba en su lengua materna.

—Frank, siento haberme perdido tu conferencia, pero he pensado que a lo mejor podrías darme clases particulares. Ha entrado una mujer joven con un tiro en la cabeza. Orificio de entrada un poco por encima de la oreja izquierda. No te llamaría si no fuera porque necesito una *second opinion*. Y no se me ocurre nadie mejor a quien preguntar.

—¿Hablas en serio? —preguntó Frank Ellis.

—Es una chica de unos veinticinco años.

—¿Y le han pegado un tiro en la cabeza?

—Orificio de entrada, ninguno de salida.

—Pero ¿está viva?

—Pulso débil pero regular, respiración menos regular, la presión arterial es 100/70. Aparte de eso tiene una bala en el hombro y un disparo en la cadera, dos problemas que puedo controlar.

—Su pronóstico parece esperanzador —dijo el profesor Ellis.

—¿Esperanzador?

—Si una persona tiene un impacto de bala en la ca-

beza y sigue viva, hay que considerar la situación como esperanzadora.

—¿Me puedes asistir?

—Debo reconocer que he pasado la noche en compañía de unos buenos amigos. Me he acostado a la una e imagino que tengo una impresionante tasa de alcohol en la sangre...

—Seré yo quien tome las decisiones y realice las intervenciones. Pero necesito que alguien me asista y me diga si hago algo mal. Y, sinceramente, si se trata de evaluar daños cerebrales, incluso un profesor Ellis borracho me dará, sin duda, mil vueltas.

—De acuerdo. Iré. Pero me debes un favor.

—Hay un taxi esperándote en la puerta del hotel.

El profesor Frank Ellis se subió las gafas hasta la frente y se rascó la nuca. Concentró la mirada en la pantalla del ordenador que mostraba cada recoveco del cerebro de Lisbeth Salander. Ellis tenía cincuenta y tres años, un pelo negro azabache con alguna que otra cana y una oscura sombra de barba; parecía uno de esos personajes secundarios de *Urgencias*. A juzgar por su físico, pasaba bastantes horas a la semana en el gimnasio.

Frank Ellis se encontraba a gusto en Suecia. Llegó como joven investigador de un programa de intercambio a finales de los setenta y se quedó durante dos años. Luego volvió en numerosas ocasiones hasta que el Karolinska le ofreció una cátedra. A esas alturas ya era un nombre internacionalmente respetado.

Anders Jonasson conocía a Frank Ellis desde hacía catorce años. Se vieron por primera vez en un seminario de Estocolmo y descubrieron que ambos eran entusiastas pescadores con mosca, de modo que Anders lo invitó a Noruega para ir a pescar. Mantuvieron el contacto a lo largo de los años y llegaron a hacer juntos más viajes para

dedicarse a su afición. Sin embargo, nunca habían trabajado en equipo.

—El cerebro es un misterio —comentó el profesor Ellis—. Llevo veinte años dedicándome a la investigación cerebral. La verdad es que más.

—Ya lo sé. Perdóname por haberte despertado, pero...

—Bah. —Frank Ellis movió la mano para restarle importancia—. Esto te costará una botella de Cragganmore la próxima vez que vayamos a pescar.

—De acuerdo. Me va a salir barato.

—Hace unos años, cuando trabajaba en Boston, tuve una paciente sobre cuyo caso escribí en el *New England Journal of Medicine*. Era una chica de la misma edad que ésta. Iba camino de la universidad cuando alguien le disparó con una ballesta. La flecha entró justo por donde termina la ceja, le atravesó la cabeza y le salió por la nuca.

—¿Y sobrevivió? —preguntó Jonasson asombrado.

—Llegó a urgencias con una pinta horrible. Le cortamos la flecha y la metimos en el escáner. La flecha le atravesaba el cerebro de parte a parte. Según todos los pronósticos, debería haber muerto o, como mínimo, haber sufrido un traumatismo tan grave que la dejara en coma.

—¿Y cuál era su estado?

—Permaneció consciente en todo momento. Y no sólo eso; como es lógico, tenía un miedo horrible, pero no había perdido ninguna de sus facultades mentales. Su único problema consistía en que una flecha le atravesaba la cabeza.

—¿Y qué hiciste?

—Bueno, pues cogí unas pinzas, le extraje la flecha y le puse unas tiritas en las heridas. Más o menos.

—¿Y sobrevivió?

—Permaneció en estado crítico durante mucho tiempo antes de darle el alta, claro, pero, honestamente, podríamos haberla mandado a casa el mismo día en el que entró. Jamás he tenido un paciente tan sano.

Anders Jonasson se preguntó si el profesor Ellis no le estaría tomando el pelo.

—Y sin embargo, en otra ocasión, hace ya algunos años —prosiguió Ellis— asistí en Estocolmo a un paciente de cuarenta y dos años que se dio un ligero golpe en la cabeza contra el marco de una ventana. Se mareó y se sintió tan mal que tuvieron que llevarlo a urgencias en ambulancia. Se hallaba inconsciente cuando me lo trajeron. Tenía un pequeño chichón y una hemorragia apenas perceptible. Pero no se despertó nunca y falleció en la UVI nueve días después. Sigo sin saber por qué murió. En el acta de la autopsia pusimos «hemorragia cerebral producida por un accidente», pero ninguno de nosotros quedó satisfecho con ese análisis. La hemorragia era tan pequeña y estaba localizada de tal manera que no debería haber afectado a nada. Aun así, con el tiempo, el hígado, los riñones, el corazón y los pulmones dejaron de funcionar. Cuanto más viejo me hago, más lo veo todo como una especie de ruleta. Si quieres que te diga la verdad, creo que nunca averiguaremos cómo funciona exactamente el cerebro. ¿Qué piensas hacer?

Golpeó la imagen de la pantalla con un bolígrafo.

—Esperaba que me lo dijeras tú.

—Me gustaría oír tu diagnóstico.

—Bueno, para empezar parece una bala de pequeño calibre. Le ha perforado la sien y le ha entrado unos cuatro centímetros en el cerebro. Descansa sobre el ventrículo lateral, justo donde se le ha producido la hemorragia.

—¿Medidas?

—Utilizando tu terminología, coger unas pinzas y extraer la bala por el mismo camino por el que ha entrado.

—Excelente idea. Pero yo que tú usaría las pinzas más finas que tuviera.

—¿Así de sencillo?

—En un caso como éste, ¿qué otra cosa podríamos hacer? Es posible que dejando la bala donde está la paciente viva hasta los cien años, pero eso también sería tentar a la suerte: podría desarrollar epilepsia, migrañas y rollos de ese tipo. Lo que no queremos hacer es taladrarle la cabeza dentro de un año para operarla cuando la herida se haya curado. La bala está algo alejada de las arterias principales. En este caso te recomendaría que se la sacaras, pero...

—Pero ¿qué?

—La bala no me preocupa. Eso es lo fascinante de los daños cerebrales: que haya sobrevivido cuando entró la bala significa que también sobrevivirá cuando se la saquemos. El problema es más bien éste —dijo, señalando la pantalla—: alrededor del orificio de entrada tienes un montón de fragmentos óseos. Puedo ver por lo menos una docena de unos cuantos milímetros de largo. Algunos se han hundido en el tejido cerebral. Ahí está lo que la matará si no actúas con cuidado.

—Esa parte del cerebro es la que se asocia al habla y a la capacidad numérica...

Ellis se encogió de hombros.

—Bah, chorradas. No tengo ni la menor idea de para qué sirven estas células grises de aquí. Haz lo que puedas. Eres tú el que opera. Yo estaré detrás mirando. ¿Puedo ponerme alguna bata y lavarme en algún sitio?

Mikael Blomkvist miró el reloj y constató que eran poco más de las tres de la mañana. Se encontraba esposado. Cerró los ojos un momento. Estaba muerto de cansancio, pero la adrenalina lo mantenía despierto. Abrió los ojos y, cabreado, contempló al comisario Thomas Paulsson, que le devolvió la mirada en estado de *shock*. Se hallaban sentados junto a la mesa de la cocina de una granja si-

tuada en algún lugar cercano a Nossebro llamado Gosseberga, del que Mikael había oído hablar por primera vez en su vida apenas doce horas antes.

La catástrofe ya era un hecho.

—¡Idiota! —le espetó Mikael.

—Bueno, escucha...

—¡Idiota! —repitió Mikael—. ¡Joder, ya te dije que el tío era un peligro viviente, que había que manejarlo como si fuese una granada con el seguro quitado! Ha asesinado como mínimo a tres personas; es como un carro de combate y no necesita más que sus manos para matar. Y tú vas y mandas a dos maderos de pueblo para arrestarlo, como si se tratara de uno de esos borrachuzos de sábado por la noche.

Mikael volvió a cerrar los ojos. Se preguntó qué más iba a irse a la mierda esa noche.

Había encontrado a Lisbeth Salander poco después de medianoche, herida de gravedad. Avisó a la policía y logró convencer a los servicios de emergencia de Protección Civil para que enviaran un helicóptero y trasladaran a Lisbeth al hospital de Sahlgrenska. Describió con todo detalle sus lesiones y el agujero de bala de la cabeza, y alguna persona inteligente y sensata se dio cuenta de la gravedad del asunto y comprendió que Lisbeth necesitaba asistencia de inmediato.

Aun así, el helicóptero tardó media hora en llegar. Mikael salió y sacó dos coches del establo, que también hacía las veces de garaje, y, encendiendo los faros, iluminó el campo que había delante de la casa y que sirvió de pista de aterrizaje.

El personal del helicóptero y dos enfermeros acompañantes actuaron con gran pericia y profesionalidad. Uno de los enfermeros le administró los primeros auxilios a Lisbeth Salander mientras el otro se ocupaba de Alexander Zalachenko, también conocido como Karl Axel Bodin. Zalachenko era el padre de Lisbeth Salander y su peor ene-

migo. Había intentado matarla pero fracasó. Mikael lo encontró gravemente herido en el leñero de esa apartada granja, con un hachazo con muy mala pinta en la cara y contusiones en la pierna.

Mientras Mikael esperaba la llegada del helicóptero hizo lo que pudo por Lisbeth. Buscó una sábana limpia en un armario, la cortó y se la puso como venda. Constató que la sangre se había coagulado y había formado un tapón en el orificio de entrada de la cabeza, así que no sabía muy bien si atreverse a colocarle una venda allí. Al final, sin ejercer mucha presión, le ató la sábana alrededor de la cabeza, más que nada para que la herida no estuviera tan expuesta a las bacterias y la suciedad. En cambio, contuvo la hemorragia de los agujeros de bala de la cadera y del hombro de la manera más sencilla: en un armario había encontrado un rollo de cinta adhesiva plateada y simplemente cubrió las heridas con ella. Le humedeció la cara con una toalla mojada e intentó limpiarle las zonas más sucias.

No se acercó al leñero para socorrer a Zalachenko. Sin inmutarse un ápice reconoció que, para ser sincero, Zalachenko le importaba un comino.

Mientras esperaba a los servicios de emergencia de Protección Civil, llamó también a Erika Berger y le explicó la situación.

—¿Estás bien? —preguntó Erika.

—Yo sí —contestó Mikael—. Pero Lisbeth está herida.

—Pobre chica —dijo Erika Berger—. Me he pasado la noche leyendo el informe que Björck redactó para la Säpo. ¿Qué vas a hacer?

—Ahora no tengo fuerzas para pensar en eso —respondió Mikael.

Sentado en el suelo junto al banco de la cocina, hablaba con Erika mientras le echaba un ojo a Lisbeth Sa-

lander. Le había quitado los zapatos y los pantalones para vendar la herida de la cadera y, de repente, por casualidad, puso la mano encima de la prenda que había tirado al suelo. Sintió un objeto en el bolsillo de la pernera y sacó un Palm Tungsten T3.

Frunció el ceño y, pensativo, contempló el ordenador de mano. Al oír el ruido del helicóptero se lo introdujo en el bolsillo interior de su cazadora. Luego, mientras todavía se encontraba solo, se inclinó hacia delante y examinó todos los bolsillos de Lisbeth Salander. Encontró otro juego de llaves del piso de Mosebacke y un pasaporte a nombre de Irene Nesser. Se apresuró a meter los objetos en un compartimento del maletín de su ordenador.

El primer coche patrulla de la policía de Trollhättan, con los agentes Fredrik Torstensson y Gunnar Andersson a bordo, llegó pocos minutos después de que aterrizara el helicóptero. Fueron seguidos por el comisario Thomas Paulsson, que asumió de inmediato el mando. Mikael se acercó y empezó a explicar lo ocurrido. Paulsson se le antojó un engreído sargento chusquero y un completo zoquete. De hecho, fue nada más llegar Paulsson cuando las cosas empezaron a torcerse.

Paulsson parecía no comprender nada de lo que le contaba Mikael. Dio muestras de un extraño nerviosismo y el único hecho que asimiló fue que la maltrecha chica que se hallaba tumbada en el suelo frente al banco de la cocina era la triple y buscada asesina Lisbeth Salander, algo que constituía una interesantísima captura. Paulsson le preguntó tres veces al extremadamente ocupado enfermero de Protección Civil si podía arrestar a la chica in situ. Hasta que el enfermero agotó su paciencia, se levantó y le gritó que se mantuviera alejado.

Luego Paulsson se centró en el malherido Alexander Zalachenko, que estaba en el leñero. Mikael oyó a Pauls-

son comentar por radio que, al parecer, Lisbeth Salander había intentado matar a otra persona más.

A esas alturas, Mikael estaba ya tan cabreado con Paulsson —quien, como se podía ver, no había escuchado ni una palabra de lo que él le había intentado decir— que alzó la voz y lo instó a llamar, en ese mismo instante, al inspector Jan Bublanski a Estocolmo. Sacó su móvil y se ofreció a marcarle el número. Paulsson no mostró ni el menor interés.

Luego Mikael cometió dos errores.

Absolutamente resuelto, explicó que el verdadero triple asesino era un hombre llamado Ronald Niedermann, que tenía una constitución física similar a la de un robot anticarros, que sufría de analgesia congénita y que, en ese momento, se encontraba atado, hecho un fardo, en una cuneta de la carretera de Nossebro. Mikael describió el lugar en el que podrían hallar a Niedermann y les recomendó que enviaran a un pelotón de infantería con armas de refuerzo. Paulsson preguntó cómo había ido Niedermann a parar a la cuneta y Mikael reconoció, con toda sinceridad, que fue él quien, apuntándolo con un arma, consiguió llevarlo hasta allí.

—¿Un arma? —preguntó el comisario Paulsson.

A esas alturas, Mikael ya debería haberse dado cuenta de que Paulsson era tonto de remate. Debería haber cogido el móvil y llamado a Bublanski para pedirle que interviniese y disipara aquella niebla en la que parecía estar envuelto Paulsson. En lugar de eso, Mikael cometió el error número dos intentando entregarle el arma que llevaba en el bolsillo de la cazadora: la Colt 1911 Government que ese mismo día había encontrado en el piso de Lisbeth Salander y que le sirvió para dominar a Ronald Niedermann.

Fue eso, sin embargo, lo que llevó a Paulsson a arrestar en el acto a Mikael Blomkvist por tenencia ilícita de armas. Luego, Paulsson ordenó a los policías Torstensson

y Andersson que se dirigieran a ese lugar de la carretera de Nossebro que Mikael les había indicado para que averiguaran si era verdad la historia de que, en una cuneta, se encontraba una persona inmovilizada y atada al poste de una señal de tráfico que advertía de la presencia de alces. Si así fuera, los policías deberían esposar a la persona en cuestión y traerla hasta la granja de Gosseberga.

Mikael protestó de inmediato explicando que Ronald Niedermann no era de esos que podían ser arrestados y esposados con facilidad: se trataba de un asesino tremendamente peligroso, un auténtico peligro viviente. Paulsson ignoró las protestas y, de pronto, un enorme cansancio se apoderó de Mikael. Éste lo llamó «incompetente cabrón» y le gritó que ni se les ocurriese a Torstensson y Andersson soltar a Ronald Niedermann sin pedir antes refuerzos.

Ese pronto tuvo como resultado que Mikael fuera esposado y conducido hasta el asiento trasero del coche del comisario Paulsson, desde donde, profiriendo todo tipo de improperios, fue testigo de cómo Torstensson y Andersson se alejaban del lugar en su coche patrulla. El único rayo de luz existente en esa oscuridad era que Lisbeth Salander había sido conducida hasta el helicóptero y que había desaparecido por encima de las copas de los árboles con destino al Sahlgrenska. Apartado de toda información, sin posibilidad alguna de recibir noticias, Mikael se sintió impotente; lo único que le quedaba era esperar que Lisbeth fuera a parar a unas manos competentes.

El doctor Anders Jonasson efectuó dos profundas incisiones hasta tocar el cráneo, retiró la piel que había alrededor del orificio de entrada y usó unas pinzas para mantenerla sujeta. Con gran esmero, una enfermera utilizó un aspirador para quitar la sangre. Después llegó el desagradable momento en el que Jonasson empleó un taladro

para agrandar el agujero del hueso. El procedimiento fue irritablemente lento.

Logró, por fin, hacer un orificio lo bastante amplio como para tener acceso al cerebro de Lisbeth Salander. Con mucho cuidado, le introdujo una sonda y ensanchó unos milímetros el canal de la herida. Luego se sirvió de una sonda algo más fina para localizar la bala. Gracias a la radiografía pudo constatar que el proyectil se había girado y que se alojaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados en relación con el canal de la herida. Usó la sonda para tocar con suma cautela el borde de la bala y, tras una serie de fracasados intentos, consiguió levantarla un poco y rotarla hasta ponerla en ángulo recto.

Por último, introdujo unas finas pinzas de punta estriada. Apretó con fuerza la base de la bala y consiguió atraparla. Tiró de las pinzas hacia él. La bala salió sin apenas oponer resistencia. La contempló al trasluz durante un segundo, vio que parecía estar intacta y la depositó en un cuenco.

—Limpia —dijo, y la orden fue cumplida en el acto.

Le echó un vistazo al electrocardiograma que daba fe de que su paciente seguía teniendo una actividad cardíaca regular.

—Pinzas.

Bajó una potente lupa que colgaba del techo y enfocó con ella la zona que quedaba al descubierto.

—Con cuidado —dijo el profesor Frank Ellis.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, Anders Jonasson sacó no menos de treinta y dos pequeñas astillas de hueso de alrededor del orificio de entrada. La más pequeña de ellas apenas resultaba perceptible para el ojo humano.

Mientras Mikael Blomkvist, frustrado, se afanaba en sacar su móvil del bolsillo de la pechera de la americana

—algo que resultó imposible con las manos esposadas—, llegaron a Gosseberga más coches con policías y técnicos forenses. Bajo las órdenes del comisario Paulsson, se les encomendó que recogieran pruebas forenses en el leñero y que realizaran un meticuloso registro de la casa principal donde se habían confiscado ya varias armas. Resignado, Mikael contempló las actividades desde su puesto de observación en el asiento trasero del coche de Paulsson.

Hasta que no pasó más de una hora, Paulsson no pareció ser consciente de que los policías Torstensson y Andersson aún no habían regresado de la misión de buscar a Ronald Niedermann. De repente, la preocupación asomó a su rostro. El comisario se llevó a Mikael a la cocina y le pidió que le describiera nuevamente el lugar.

Mikael cerró los ojos.

Seguía sentado en la cocina cuando regresó el furgón con los policías que habían ido en auxilio de Torstensson y Andersson. Habían encontrado muerto, con el cuello roto, al agente Gunnar Andersson. Su colega Fredrik Torstensson aún vivía, pero había sido gravemente malherido. Los hallaron a ambos en la cuneta, junto al poste de la señal de advertencia de alces. Tanto sus armas reglamentarias como el coche patrulla habían desaparecido.

De hallarse en una situación bastante controlable, el comisario Thomas Paulsson había pasado de pronto a tener que hacer frente al asesinato de un policía y a un desesperado que iba armado y que se había dado a la fuga.

—Idiota —repitió Mikael Blomkvist.

—No sirve de nada insultar a la policía.

—En ese punto coincidimos. Pero se te va a caer el pelo por negligencia en el ejercicio de tus funciones. Antes de que yo termine contigo, las portadas de todos los periódicos del país te aclamarán como el policía más estúpido de Suecia.

Al parecer, la amenaza de ser expuesto al escarnio

público era lo único que tenía algún efecto en Thomas Paulsson. Se le veía preocupado.

—¿Y qué propones?

—Exijo que llames al inspector Jan Bublanski de Estocolmo. Ahora mismo.

La inspectora de la policía criminal Sonja Modig se despertó sobresaltada cuando su teléfono móvil, que se estaba cargando, empezó a sonar al otro lado del dormitorio. Le echó un vistazo al reloj de la mesilla y constató para su desesperación que eran poco más de las cuatro de la mañana. Luego contempló a su marido, que seguía roncando tranquilamente; ni un ataque de artillería podría despertarlo. Se levantó de la cama y se acercó tambaleándose hasta el móvil; tras conseguir dar con la tecla exacta contestó.

«Jan Bublanski —pensó—. ¿Quién si no?»

—Se ha armado una de mil demonios por la zona de Trollhättan —dijo su jefe sin más preámbulos—. El X2000 para Gotemburgo sale a las cinco y diez.

—¿Qué ha pasado?

—Blomkvist ha encontrado a Salander, Niedermann y Zalachenko. Y ha sido arrestado por insultar a un agente de policía, por oponer resistencia al arresto y por tenencia ilícita de armas. Salander ha sido trasladada a Sahlgrenska con una bala en la cabeza. Zalachenko también se encuentra allí, con un hacha en la cabeza. Niedermann anda suelto. Ha matado a un policía durante la noche.

Sonja Modig parpadeó dos veces y acusó el cansancio. No deseaba otra cosa que volver a la cama y coger un mes de vacaciones.

—El X2000 de las cinco y diez. De acuerdo. ¿Qué hago?

—Cógete un taxi hasta la estación. Te acompañará

Jerker Holmberg. Debéis ponerlos en contacto con el comisario de la policía de Trollhättan, un tal Thomas Paulsson, que, al parecer, es el responsable de gran parte del jaleo que se ha montado esta noche y que, según Blomkvist, es, cito literalmente, «un tonto de remate de enormes dimensiones».

—¿Has hablado con Blomkvist?

—Por lo visto está detenido y esposado. Conseguí convencer a Paulsson para que me lo pusiera un momento al teléfono. Ahora mismo me dirijo a Kungsholmen y voy a intentar aclarar qué es lo que está pasando. Mantendremos el contacto a través del móvil.

Sonja Modig volvió a mirar el reloj una vez más. Luego llamó al taxi y se metió bajo la ducha durante un minuto. Se lavó los dientes, se pasó un peine por el pelo, se puso unos pantalones negros, una camiseta negra y una americana gris. Metió el arma reglamentaria en su bandolera y eligió abrigarse con un chaquetón rojo de piel. Luego, zarandeando a su marido, lo despertó, le comunicó adónde iba y le dijo que esa mañana se ocupara él de los niños. Salió del portal en el mismo instante en que el taxi se detenía.

No hacía falta que buscara a su colega, el inspector Jerker Holmberg; daba por descontado que estaría en el vagón restaurante y pudo constatar que así era. Él ya le había cogido un café y un sándwich. Desayunaron en silencio en tan sólo cinco minutos. Al final, Holmberg apartó la taza de café.

—Deberíamos cambiar de profesión.

A las cuatro de la mañana, un tal Marcus Erlander, inspector de la brigada de delitos violentos de Gotemburgo, llegó por fin a Gosseberga y asumió el mando de la investigación de Thomas Paulsson, que estaba hasta arriba de trabajo. Erlander era un hombre canoso y rechoncho de

unos cincuenta años. Una de sus primeras medidas fue liberar a Mikael Blomkvist de las esposas y servirle bollos y café de un termo. Se sentaron en el salón para charlar.

—Acabo de hablar con Estocolmo, con Bublanski —le comunicó Erlander—. Nos conocemos desde hace muchos años. Tanto él como yo lamentamos el trato que te ha dispensado Paulsson.

—Ha conseguido que esta noche maten a un policía —dijo Mikael.

Erlander asintió con la cabeza.

—Yo conocía personalmente al agente Gunnar Andersson: estuvo trabajando en Gotemburgo antes de trasladarse a Trollhättan. Es padre de una niña de tres años.

—Lo siento. Intenté advertírselo...

Erlander asintió con la cabeza.

—Eso tengo entendido. Hablaste muy clarito y por eso te esposaron. Fuiste tú el que acabó con Wennersström. Bublanski dice que eres un puto y descarado periodista y un loco detective aficionado, pero que tal vez sepas de lo que hablas. ¿Me puedes poner al día de una forma comprensible?

—Bueno, todo esto empezó en Enskede con el asesinato de mis amigos Dag Svensson y Mia Bergman, y del de una persona que no era amigo mío: el abogado Nils Bjurman, el administrador de Lisbeth Salander.

Erlander asintió.

—Como ya sabes, la policía lleva persiguiendo a Lisbeth Salander desde Pascua por ser sospechosa de un triple asesinato. Para empezar, debes tener claro que es inocente de esos crímenes. Si a ella le corresponde algún papel en toda esta historia no es más que el de víctima.

—No he tenido nada que ver con el asunto Salander, pero después de todo lo que se ha escrito en los medios de comunicación me cuesta creer que sea inocente del todo.

—No obstante, así es. Ella es inocente. Y punto. El verdadero asesino es Ronald Niedermann, el mismo que

ha matado a tu colega Gunnar Andersson esta noche. Trabaja para Karl Axel Bodin.

—El Bodin que está en Sahlgrenska con un hacha en la cabeza.

—Técnicamente hablando, ya no tiene el hacha en la cabeza. Doy por descontado que es Lisbeth la que le ha dado el hachazo. Su verdadero nombre es Alexander Zalachenko. Es el padre de Lisbeth y un ex asesino profesional del servicio ruso de inteligencia militar. Desertó en los años setenta y luego trabajó para la Säpo hasta la caída de la Unión Soviética. Desde entonces va por libre como gánster.

Erlander examinó pensativo al tipo que ahora se hallaba frente a él sentado en el banco. Mikael Blomkvist brillaba de sudor y parecía estar no sólo congelado sino también muerto de cansancio. Hasta ese momento había presentado argumentos coherentes y lógicos, pero el comisario Thomas Paulsson —de cuyas palabras Erlander no se fiaba mucho— le había advertido de que Blomkvist fantaseaba acerca de agentes rusos y sicarios alemanes, algo que no pertenecía precisamente a los asuntos más rutinarios de la policía sueca. Al parecer, Blomkvist había llegado a ese punto de la historia que Paulsson rechazó. Pero había un policía muerto y otro gravemente herido en la cuneta de la carretera de Nossebro, y Erlander estaba dispuesto a escucharlo. Aunque no pudo impedir que se apreciara un asomo de desconfianza en su voz.

—De acuerdo. Un agente ruso.

Blomkvist mostró una pálida sonrisa, consciente de lo absurda que sonaba su historia.

—Un ex agente ruso. Puedo documentar todas mis afirmaciones.

—Sigue.

—En los años setenta, Zalachenko era un espía muy importante. Desertó y la Säpo le dio asilo. Según tengo

entendido, no se trata de una situación del todo única en el comienzo de la decadencia de la Unión Soviética.

—Entiendo.

—Como ya te he dicho, no sé exactamente qué ha pasado aquí esta noche, pero Lisbeth ha dado con su padre, al que no veía desde hacía quince años. Él maltrató a la madre de Lisbeth hasta tal punto que tuvieron que ingresarla en una residencia, donde, al cabo de los años, acabó falleciendo. Intentó también matar a Lisbeth y, a través de Ronald Niedermann, ha estado detrás de los asesinatos de Dag Svensson y Mia Bergman. Además, fue el responsable del secuestro de la amiga de Lisbeth, Miriam Wu; el famoso combate de Paolo Roberto en Nykvarn...

—Pues si Lisbeth Salander le ha dado a su padre un hachazo en la cabeza, no es precisamente inocente.

—Tiene tres impactos de bala en el cuerpo. Creo que se puede alegar *algo* de defensa propia. Me pregunto...

—¿Sí?

—Lisbeth estaba tan sucia de tierra y lodo que su pelo daba la sensación de ser un casco de barro. Tenía tierra hasta por dentro de la ropa. Era como si la hubiesen enterrado. Y, al parecer, Niedermann cuenta con cierta experiencia enterrando gente. La policía de Södertälje ha descubierto dos tumbas en aquel almacén de las afueras de Nykvarn propiedad de Svavelsjö MC.

—La verdad es que son tres: anoche encontraron otra más. Pero si le pegaron tres tiros a Lisbeth Salander y luego la enterraron, ¿qué hacía ella de pie con un hacha en la mano?

—Bueno, no sé lo que pasaría, pero Lisbeth es una mujer de muchos recursos. Intenté convencer a Paulsson para que trajera una jauría de perros...

—Están en camino.

—Bien.

—Paulsson te ha arrestado por haberlo insultado.

—Protesto. Lo llamé idiota, idiota incompetente y tonto de remate. A la vista de los hechos, ninguno de esos calificativos son insultos.

—Mmm. Pero también estás detenido por tenencia ilícita de armas.

—Cometí el error de intentar entregarle un arma. Pero no quiero hacer más declaraciones sobre ello sin consultarlo antes con mi abogado.

—De acuerdo. Dejemos eso de lado por el momento; tenemos cosas más importantes de las que hablar. ¿Qué sabes de ese tal Niedermann?

—Es un asesino. Le pasa algo, no es un tío normal. Mide más de dos metros y tiene una constitución física similar a la de un robot a prueba de bombas. Pregúntale a Paolo Roberto, que ha boxeado con él. Sufre analgesia congénita. Es una enfermedad que provoca que la sustancia transmisora de las fibras no funcione como debiera y, por consiguiente, el que la tiene no puede sentir dolor. Es alemán, nació en Hamburgo y durante sus años de adolescencia fue un cabeza rapada. Es extremadamente peligroso y anda suelto.

—¿Tienes alguna idea de adónde podría huir?

—No. Sólo sé que lo tenía todo preparado para que os lo llevarais cuando ese tonto de remate de Trollhättan asumió el mando.

Poco antes de las cinco de la mañana, el doctor Anders Jonasson se quitó sus embadurnados guantes de látex y los tiró a la basura. Una enfermera aplicó compresas sobre la herida de la cadera de la paciente. La operación había durado tres horas. Se quedó observando la rapada y maltrecha cabeza de Lisbeth Salander, hecha ya un paquete de vendas.

Experimentó una repentina ternura como la que a menudo sentía por los pacientes que operaba. Según la

prensa, Lisbeth Salander era una psicópata asesina en masa, pero a sus ojos parecía más bien un gorrión malherido. Movi6 la cabeza de un lado a otro y luego mir6 a Frank Ellis, que lo contemplaba entretenido.

—Eres un cirujano excelente —dijo 6ste.

—¿Te puedo invitar a desayunar?

—¿Hay alg6n sitio por aqu6 donde sirvan tortitas con mermelada?

—Gofres —sentenci6 Anders Jonasson—. En mi casa. Cogemos un taxi, pero antes d6jame que haga una llamada para avisar a mi mujer. —Se detuvo y mir6 el reloj—. Pens6ndolo bien, creo que es mejor que no llamemos.

La abogada Annika Giannini se despert6 sobresaltada. Volvi6 la cabeza a la derecha y constat6 que eran las seis menos dos minutos. La primera reuni6n del d6a la ten6a a las ocho con un cliente. Volvi6 la cabeza a la izquierda y mir6 a su marido, Enrico Giannini, que dorm6a pl6cidamente y que, en el mejor de los casos, se despertaría sobre las ocho. Parpade6 con fuerza un par de veces, se levant6 y puso la cafetera antes de meterse bajo la ducha. Se tom6 su tiempo en el cuarto de ba6o y se visti6 con unos pantalones negros, un jersey blanco de cuello alto y una americana roja. Tost6 dos rebanadas de pan, les puso queso, mermelada de naranja y un aguacate cortado en rodajas y se llev6 el desayuno al sal6n, justo a tiempo para ver en la tele las noticias de las seis y media. Tom6 un sorbo de caf6 y apenas acababa de abrir la boca para pegarle un bocado a una tostada cuando oy6 el titular de la principal noticia de la ma6ana:

«Un polic6a muerto y otro gravemente herido. Noche de dram6ticos acontecimientos en la detenci6n de la triple asesina Lisbeth Salander.»

Al principio le cost6 entender la situaci6n, ya que su

primera impresión fue que era Lisbeth Salander la que había matado al policía. La información resultaba escasa, pero unos instantes después se dio cuenta de que se buscaba a un hombre por el asesinato del policía. Se había dictado una orden nacional de busca y captura de un hombre de treinta y siete años cuyo nombre aún no había sido facilitado. Al parecer, Lisbeth Salander se hallaba ingresada en el hospital Sahlgrenska de Gotemburgo con heridas de gravedad.

Annika cambió de cadena pero no le aclararon la situación mucho más. Fue a por su móvil y marcó el número de su hermano, Mikael Blomkvist. Le saltó el mensaje de que en ese momento el abonado no se encontraba disponible. Sintió una punzada de miedo. Mikael la había llamado la noche anterior de camino a Gotemburgo; iba en busca de Lisbeth Salander. Y de un asesino llamado Ronald Niedermann.

Cuando se hizo de día, un observador de la policía halló restos de sangre en el terreno que quedaba tras el leñero. Un perro policía siguió el rastro hasta una fosa cavada en un claro del bosque, a unos cuatrocientos metros al noroeste de la granja de Gosseberga.

Mikael acompañó al inspector Erlander. Meditabundos, estudiaron el lugar. No tardaron nada en descubrir una gran cantidad de sangre en la fosa y alrededores.

También encontraron una deteriorada pitillera que, al parecer, había sido usada como pala. Erlander la metió en una bolsa de pruebas y etiquetó el hallazgo. Asimismo recogió muestras de terrones manchados de sangre. Un policía uniformado le llamó la atención sobre una colilla sin filtro de la marca Pall Mall que se hallaba a unos metros de la fosa. La colilla fue igualmente introducida en una bolsa y etiquetada. Mikael recordó que había visto un paquete de Pall Mall en el fregadero de la casa de Zalachenko.

Erlander elevó la vista al cielo y vio unas oscuras nubes que amenazaban lluvia. Según parecía, la tormenta que la noche anterior había azotado Gotemburgo se desplazaba por el sur de la región de Nossebro y sólo era cuestión de tiempo que empezara a llover. Se volvió a un agente uniformado y le pidió que buscara una lona para cubrir la fosa.

—Creo que tienes razón —dijo finalmente Erlander a Mikael—. Es probable que el análisis de la sangre determine que Lisbeth Salander ha estado aquí, y supongo que encontraremos sus huellas dactilares en la pitillera. Le pegaron un tiro y la enterraron pero, Dios sabe cómo, sobrevivió, consiguió salir y...

—... y volvió a la granja y le estampó el hacha a Zalachenko en toda la cabeza —concluyó Mikael—. Es una tía con bastante mala leche.

—Pero ¿qué diablos haría con Niedermann?

Mikael se encogió de hombros. Respecto a eso, él estaba tan desconcertado como Erlander.